
Miguel Somoza Rodríguez

Reconstruir la ciudadanía

Virginia Guichot Reina, Madrid: Dykinson, 2013, 384 pp.

La profesora Virginia Guichot Reina, doctora en Educación y también en Filosofía Política, presenta una nueva obra cuya principal preocupación consiste en una revisión y actualización del concepto (o de los conceptos) de ciudadanía. Parte de situar a las personas reales en el centro del escenario político, pensando, a partir de allí, las relaciones con los sistemas políticos y económicos. Sus reflexiones no surgen tampoco de la abstracción de paradigmas teóricos sino que están contextualizadas e históricamente situadas: se revisan modelos y se hacen propuestas para los ciudadanos del siglo XXI y, en particular, para los de las naciones de Europa Occidental, las que se suelen llamar “sociedades centrales”, aunque cada día lo sean menos. Si bien la autora se ubica en el contexto europeo y se dirige, fundamentalmente, a los ciudadanos de Europa, no significa esto una posición eurocéntrica sino un recorte de la perspectiva para centrar y precisar el debate actual sobre la ciudadanía que implica, al mismo tiempo, el debate sobre la relación entre la democracia y el capitalismo neoliberal contemporáneo.

Una de las dificultades del debate intelectual sobre estas cuestiones es la polisemia de los términos, la multiplicidad de significados que han ido adquiriendo a través del devenir histórico. Otra dificultad deriva de la complejidad misma de las relaciones sociales implicadas en los significados. Libertad, igualdad, justicia, responsabilidad, participación, bien común, identidad y, por supuesto, democracia, son conceptos problemáticos por cuanto la definición en uno u otro sentido conllevaría una redefinición consecuente de las relaciones sociales, de las políticas públicas y hasta de la arquitectura institucional.

La profesora Guichot comienza revisando los tres modelos de ciudadanía predominantes en nuestros días: el liberal, el comunitarista y el republicano, señalando sus principios

ideológicos, sus características y las consecuencias prácticas de cada uno en la organización de la democracia, sin olvidar la exposición de las críticas efectuadas a cada modelo y el señalamiento de sus debilidades. Pero la autora no habla desde una neutralidad imposible sino desde un argumentado posicionamiento en el modelo republicano, a su entender, el que mejor satisface las exigencias de una democracia amplia y enraizada en la justicia, concebido como un horizonte de expectativas quizá nunca completamente alcanzable pero siempre orientador de las conductas cívicas.

Las cuestiones quizá más intelectualmente ambiciosas del libro se dirigen a los problemas que deben afrontar las sociedades de nuestros días, reconociendo que las democracias actuales han defraudado en buena medida las esperanzas de amplios sectores ciudadanos a causa de los engaños de los dirigentes y la falacia de las promesas de justicia, de solidaridad y de reconocimiento mutuo, debilitando la propia legitimidad de los procesos de representación política. “Reconstruir la ciudadanía” porque ha sido vaciada de contenidos democráticos y democratizadores, colonizada por concepciones “productivistas”, consumistas y despolitizadoras que tienen como objetivo último escamotear la soberanía popular para reemplazarla por el gobierno de los “expertos”.

Acomete la autora algunos de los problemas más difíciles de las sociedades actuales: la diversidad cultural, el nacionalismo, las identidades, la construcción de espacios políticos supranacionales, el papel de las nuevas tecnologías de la comunicación. Como no es posible pasar revista a todas las cuestiones abordadas haremos mención aquí a la cuestión de la identidad poniéndola en relación con otras dos cuestiones de similar envergadura que afectan al problema de la construcción de la democracia: la diversidad cultural y el nacionalismo, esta última la doctrina que quizá sea (o haya sido) la mayor fuente de identidad personal y de identidad política de la edad contemporánea.

Mostrando un conocimiento muy solvente de las teorías sobre la nación y el nacionalismo, la profesora Guichot se distancia de la concepción tradicional de la identidad pensada como la posesión personal de determinados atributos específicos: rasgos culturales (que en algunos casos son utilizados como una versión actualizada del anterior racismo étnico), lengua, vivencias compartida, mitos fundadores, símbolos venerables. Toda “identidad nacional” de carácter esencialista se elabora seleccionando atributos más o menos arbitrarios o contingentes con los que se distingue a los “auténticos” de los “advenedizos” o los “extranjeros”, transmitiendo la idea de una entidad más o menos inmutable, preexistente a la voluntad ciudadana y de carácter prepolítico, precontractual. En sí misma, esta caracterización de la nación estaría en tensión y confrontación con una idea cabal de la democracia política por cuanto exige requisitos y condiciones que no están disponibles para todos los miembros de la población.

El fenómeno de la globalización o mundialización, que en uno de sus aspectos ha debilitado la configuración tradicional de las naciones basada en una supuesta homogeneidad etnocultural, ha provocado, en no pocos casos, un fenómeno paradójico: alborozo en las élites y en los ámbitos económico y financiero, y rechazo en sectores medios y populares de población y en los ámbitos sociopolítico e identitario. ¿Cómo reconciliar las ideas

de nación (nacionalismo) y de democracia en las sociedades europeas, las que, además y para mayor riesgo, están embarcadas en la creación de un espacio político supranacional como la Unión Europea? La profesora Guichot propone una reconstrucción del concepto de nación como “comunidad política” de nuevo tipo, como una reformulación multicultural y deliberativa de la antigua idea de nación.

Siguiendo en estos puntos a autores (españoles) como J. Peña y R. Máiz y otros como Kymlicka, Habermas, Barry o Brass, toda “comunidad política nacional” sería culturalmente plural (pluralismo constitutivo), abierta al exterior y al flujo de intercambios, incorporaciones y mestizajes (rechazo de las políticas de supresión de la diferencia nacional); cambiante y dinámica, interiormente conflictiva, con adversarios políticos que se enfrentan por intereses y por la hegemonía de narrativas en competencia, propiciando políticas públicas integracionistas dirigidas a reducir las diferencias políticas y económicas entre ciudadanos de diferentes culturas, pero integrantes todos de una misma comunidad política que podría tomar como base un consenso compartido alrededor de la cultura política del “patriotismo constitucional” y de los derechos humanos universales. También sobre una idea de “lealtades y pertenencias” múltiples y compartidas: a los ámbitos y las entidades locales, regionales, nacionales, supranacionales y, en última instancia, sobre la idea de un compromiso firme con la humanidad (derechos humanos) y con el planeta en el que vivimos como “hábitat común”, no solo en el momento presente sino también como un pacto responsable con las generaciones futuras. Es decir, abandonar el “modelo de la guerra” o el “modelo monoteísta” como fundamento de la convivencia social, nacional e internacional, sobre el que se han construido los Estados nacionales y el orden internacional.

Situándose a sí misma dentro de la corriente republicana de pensamiento, la profesora Guichot se interna (con valentía, hay que decirlo) en una de las cuestiones debatidas y quizá la más criticada por otras corrientes teórico-políticas: la cuestión de las virtudes cívicas, tachada de obsoleta en no pocas ocasiones. ¿Es posible una democracia fundada en sujetos ignorantes que persiguen objetivos egoístas, tal como afirma el liberalismo y, más aún, el neoliberalismo? ¿Es necesaria la educación del ciudadano, la introducción de los sujetos en los fundamentos de una cultura política democrática? ¿La democracia tiene prerequisites o es un producto espontáneo de acciones humanas que persiguen fines individuales e individualistas? Es obvio que la concepción republicana de pensamiento político considera necesaria la existencia de unas condiciones sociales mínimas para que el sujeto ciudadano pueda ser tal de manera cierta y efectiva: libertad, igualdad, participación, justicia, pero también unas mínimas condiciones personales: conocimientos, capacidad de juicios fundamentados, emancipación intelectual, voluntad política, compromisos afectivos que otorguen perdurabilidad a las intenciones, etc.

Es ahora, en las comunidades políticas del siglo XXI, cuando el concepto de virtud política debería jugar un papel central, según defiende la autora, como un ideal de carácter que se lograría a través de la educación, tomando como base la identificación con unos valores sociales básicos. El significado republicano de virtud política debería entenderse “... como la disposición a servir no solo a intereses privados sino también a los intereses

comunes. Las virtudes democráticas o cívico-políticas, pues, responden a la demanda y al compromiso de los ciudadanos por establecer un espacio público, ligado a la defensa del bien común, como constitutivo de la libertad de todos” (p. 213). Se analizan en la obra algunas de las virtudes políticas que la autora considera más importantes para una sociedad democrática: tolerancia, capacidad de deliberar, justicia, solidaridad, autonomía. De cada una se hace un recorrido histórico del concepto y se exponen las posiciones o los debates actuales más significativos, vinculándolas a las ideas de libertad e igualdad.

En las conclusiones finales la autora manifiesta, en un tono más personal, las razones que le llevaron a preocuparse por la ciudadanía como instrumento de construcción de sociedades democráticas y las convicciones acerca de unas democracias mejores y posibles. La crisis económica y política que azota Europa ha instalado a muchos de sus habitantes en el miedo: a la pérdida del trabajo, de la identidad, de las garantías sociales, de la justicia. Frente a esa inquietud e incertidumbre generalizadas la profesora Guichot propone controlar el miedo, educar el miedo. El dominante modelo liberal ha formado ciudadanos pasivos, atomizados en su yo narcisista, ciudadanos espectadores y consumistas; también ha difundido la falacia de la neutralidad ética del Estado, que en realidad favorece determinadas culturas y valores en detrimento de otros. Una educación emancipadora, liberadora, dirigida a formar agentes morales autónomos, resulta imprescindible para las democracias del siglo XXI, asentadas en la diversidad cultural y en la pluralidad de concepciones del bien alrededor de un conjunto básico de valores ético-políticos, como los contenidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos como un punto de partida. La construcción de sociedades con culturas abiertas que poseen tensiones interiores y exteriores, asentadas en la libertad y la igualdad, exige un modelo fuerte de formación cívico-política, “exige unas virtudes cívicas que distan mucho de estar extendidas entre la población, reclama un cambio de actitudes hacia la cosa pública muy significativo” (p. 326). ¿Qué tipo de ciudadanía es necesaria para responder a los retos presentes? ¿Cómo hemos de actuar como ciudadanos? ¿Qué virtudes debemos desplegar?, constituyen las preguntas que han guiado a la autora a través del libro. Una invitación a la lectura, al debate y al compromiso.